



## Homilía P. Francesco Patton, OFM Custodio de Tierra Santa

---

Misa en el Santo Sepulcro con la Peregrinación de Sanación  
Lecturas: Ct 3,1-4a; Sal 62; 2 Cor 5,14-17; Jn 20,1.11-18

Aprender a celebrar la Pascua  
con María Magdalena

1. Querido P. Juan, Queridos hermanos, Queridas hermanas,

¡El Señor les conceda la paz!

A motivo del lugar en el que nos encontramos celebrando, he pensado intitular nuestra reflexión: “Aprender a celebrar la Pascua con María Magdalena”. Estamos en la Basílica en la que se concentran la mayor parte de los pasajes evangélicos que tienen que ver con María Magdalena y estamos celebrando en el altar dedicado a ella y a su encuentro con el Resucitado. Podríamos decir que este es el lugar que más nos habla de su relación con Jesús.

En este lugar vivimos el misterio pascual durante todo el año, aquí celebramos la Pascua cada día, y hoy, aquí, celebramos la Pascua junto a María Magdalena y entramos a su escuela. Como cantamos, delante





de este altar, en la procesión cotidiana: "La Magdalena no teme de estar junto a la cruz, / y se acerca, ansiosa al sepulcro / no tiene miedo de la ferocidad de los soldados / el amor expulsa todo temor". Aquí ella nos enseña por lo menos tres cosas fundamentales si queremos vivir una existencia pascual: el valor de la fidelidad, del amor y del testimonio.

2. Antes que nada la Magdalena nos enseña el valor de la fidelidad. Ella pertenece al grupo de las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea y que, como eran acomodadas, lo sostenían también económicamente. Magdalena sigue a Jesús hasta Jerusalén y el Calvario, junto a la Madre y a María Cleofás. El misterio pascual se celebra ya a partir del Viernes Santo y no solo el domingo de resurrección. Mientras en el templo se inmolan los corderos, en la cruz se inmola al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Y la Magdalena está ahí, fiel a su Maestro, fiel a su Señor, fiel a su Jesús. Fiel porque sabe que es muy amada y por eso ella misma es capaz de amar mucho, con reconocimiento y fidelidad. Aprendamos también nosotros, en la peregrinación de la vida a incluir en la Pascua el Viernes Santo. Aprendamos a estar bajo la cruz de Jesús que toma sobre sí el pecado del mundo, el mal que nos aflige y también todo el sufrimiento de la humanidad. Así nuestro pecado, nuestra fragilidad frente al mal y nuestro sufrimiento personal no nos abrumarán. La Magdalena había ya hecho esta experiencia cuando Jesús la había liberado de siete





demonios, de una forma terrible de mal que afligía toda su persona: espíritu, alma y cuerpo. Y ahora nos enseña el valor de ser fieles a Jesús Cristo, de saber quedarnos bajo la cruz para no ser abrumados por nuestras cruces.

3. La segunda cosa que nos enseña la Magdalena es que no hay experiencia pascual de la vida sin la experiencia personal del amor. No es una casualidad que como primera lectura se nos haya propuesto un pasaje del Cantar de los cantares. La amada está buscando al amado. Teme de haberlo perdido. No sabe donde esté y no puede vivir más sin él. Esta es también la experiencia de la Magdalena aquí en el Sepulcro la mañana de Pascua. Ella ha sido fiel hasta la cruz. Ha participado a todos los ritos apurados de sepultura del cuerpo de Jesús en la tumba nueva y vacía. Pero la mañana de Pascua, cuando viene a completar la sepultura del cuerpo no lo encuentra. No entiende lo que pasó y no se lo explica. Llora y continúa buscando un cadáver. Jesús, el que ella está buscando, está ahí ante sus ojos, pero ella no lo ve. Le interroga, pero ella no entiende, más bien, lo confunde con el jardinero. Solo cuando la llama por nombre lo reconoce y quiere abrazarlo y tenerlo. Para vivir una existencia pascual es necesario tener esta experiencia de relación personal con Jesús resucitado. El nombre es lo que indica la persona. Ser llamados por nombre es el inicio de una nueva relación de amor que es más fuerte





que la muerte. No se trata más de buscar el cadáver de la persona amada sino de encontrar al amado que está resucitado y vivo para siempre y lleva nuestro amor dentro una perspectiva de eternidad.

4. La tercera cosa que la Magdalena nos enseña aquí es que la renovación total que la Pascua de Jesús trae a nuestra vida, al mundo y a la historia no la podemos tener solo para nosotros, es necesario que sea testimoniada. La experiencia del encuentro con Jesús Resucitado nos transforma en testigos. El encuentro con el Resucitado es algo tan bello y de tal magnitud que, por un lado, quisiéramos como la Magdalena, egoístamente, poder retener a Jesús por temor a perderlo, por el otro lado es Jesús mismo el que nos libera de nuestro deseo humano de posesión y nos dice: "No me retengas, pero vete a mis hermanos". Y también para nosotros, como para la Magdalena resulta espontáneo decir simplemente: "He visto al Señor". Nuestra existencia es plenamente transformada por la Pascua cuando somos capaces de testimoniar nuestra experiencia personal de encuentro con el Señor, es decir, con Jesús resucitado, y de hacerlo con las palabras más sencillas.

Para llegar a ser testigos de este encuentro no es necesario haber tenido visiones, es suficiente haber percibido su presencia, incluso en la simple escucha del Evangelio, en la visita a este lugar santo, en la experiencia de fe de un hermano o de una hermana que a su vez nos





lo han testimoniado.

5. Por intercesión de santa María Magdalena, aquí donde ella ha encontrado a Jesús resucitado, pidamos también nosotros la gracia de saber vivir una experiencia pascual, que nos permita ser fieles a Jesús en la hora del sufrimiento y ante la experiencia de la muerte; que nos haga experimentar un amor personal pero más fuerte que cualquier miedo y más fuerte que la muerte, un amor que ya perfuma de vida eterna; que nos empuja a anunciar simplemente: "El Señor está vivo, en modo misterioso e inexplicable lo he percibido, y siento que da sentido a mi vida, y puede dar sentido también a la tuya".

